

not been reappointed to office, while Defence Minister, Jobim, remains in charge. As a consequence of the crisis, the preparations for the NCT have slowed down significantly. In May 2010, the law proposal for the NCT (No. 7.376/2010) already reached the Chamber of Deputies who still has not appointed the members of a special commission responsible for analysing the proposal. The new Human Rights Minister, Maria do Rosário, has publicly refused to speed up the process (*tramitação de urgência*). In her opening speech she praised the armed forces and promised to cooperate with Defence Minister Jobim. In December 2010, she told the press that President Dilma wanted to handle the NCT with ‘patience’ and ‘in dialogue’. This indicates that Dilma has learned a lesson from the crisis and aims to avoid a major conflict at the beginning of her presidency. Yet, problems are lurking; eventually the NCT has to be ratified by the Brazilian Congress. To this point, it remains undecided when the NCT will be instated and under what terms. It is planned that the NCT will work for two years, and the members of the Commission will be appointed by the Brazilian President. Although the NCT had always been intended as a truth rather than a justice commission, the Supreme Court’s decision in April 2010 to maintain the 1979 Amnesty Law has closed the avenue of punishment further. The NCT will take testimonies, pressure for further access to archives, and stimulate public debate. The clarification of cases of murder and torture, along with the reclamation of dead bodies will not only meet the legitimate demands of the families of victims, but also gather historic information from which to comprehend the mechanisms of state repression during the military regime.

The recent struggle over the NCT and its repercussions exemplify Brazil’s diffi-

culties in coming to terms with its military past. On the one hand, the reservoir of memory elements surrounding the regime was exploited during the 2010 elections, in particular, to discredit the Lula government and weaken the PT. On the other hand, the recent struggle represents a continuation of authoritarian legacies which have long characterized the transition process peculiar to Brazil: the denial of the military legacy; the lack of condemnation of the authoritarian state – even in seemingly harmless words like ‘terrorists’, ‘ditabranda’ or ‘revanchismo’ – and the seemingly infinite desire for compromise, for which the watered-down NCT is a case in point.

Nina Schneider has recently finished her PhD at the University of Essex, UK, and is currently working at the Institute for European and Extra-European History at the FernUniversität Hagen, the Open University of Germany. Email: Nina.Schneider@FernUni-Hagen.de.

Pamela Colombo

Espacios de confrontación y desaparición en Tucumán, Argentina

Lo que dice el espacio

La desaparición forzada de personas conmueve aún el espacio, aunque los rastros de esa experiencia parecieran –a primera vista– haberse vuelto parte de un paisaje inocente. La última dictadura civilo-militar en Argentina (1976-1983) culminó hace ya casi más de tres décadas; sin embargo, la materialidad de los campos de concentración continúa siendo parte del entramado urbano y rural, la mayoría de

los lugares de inhumación clandestina permanecen todavía impunemente escondidos bajo tierra y los lugares donde se produjeron los secuestros aún cargan las marcas del acontecimiento y sus estigmas.

Habría que comenzar por decir que, si la historia tiene la particularidad de acumularse en el espacio, las luchas por el poder pueden leerse a partir del espacio; y las derrotas también. La propuesta de este ensayo radica en señalar la importancia de la dimensión espacial en el estudio de los procesos de confrontación que tuvieron lugar en Argentina durante los 60 y principios de los 70 y el subsiguiente proceso de desaparición forzada de personas (1974-1983). Para ello analizaré dos espacios-tiempos diferenciados: el momento y espacio de la confrontación y el momento y espacio de la desaparición. Asimismo, se torna indispensable para formular este análisis reparar en un tercer espacio-tiempo, el del presente; ya que se sitúa como el escenario idóneo para leer las emergencias y resonancias de los dos espacios-tiempos que intento poner aquí en diálogo.

Al tomar este período, que va desde principios de la década del 60 hasta la actualidad, se pueden rastrear las modificaciones en la producción material de los espacios, en los discursos que se construyen y legitiman a partir de los mismos, y en la experiencia que de dichos espacios tienen los diferentes actores sociales. Tomando estas dimensiones de análisis en consideración, trataré de aproximarme a lo largo de este ensayo a los siguientes nudos problemáticos: ¿qué espacios estaban en disputa durante los procesos de confrontación durante los 60 y 70? ¿Qué espacios produjo la dictadura? ¿Cuáles son las características que adquieren los espacios que fueron parte de algún momento del proceso de desaparición forzada de personas (léase, los lugares donde se produjeron los secuestros, los campos

de concentración y los lugares de inhumación clandestina)? ¿Cuáles son los efectos disciplinarios que conlleva el con/vivir con esos lugares como parte del paisaje urbano diario? ¿Cuáles son las consecuencias de la falta de un lugar para anclar la muerte de los detenidos-desaparecidos? Finalmente, ¿por qué es significativo estudiar el espacio para comprender los procesos de confrontación social y el despliegue de regímenes de terror?

Me aproximaré a esta problemática a partir del caso particular de la provincia de Tucumán. En esta pequeña provincia productora de azúcar, ubicada al noroeste de Argentina, durante la década del 60 y 70 se registraron altísimos niveles de combatividad, con un alto grado de conciencia y movilización del sector popular. Esta situación de puja de poder entre la clase dominante y las fuerzas sociales contestatarias fue la antesala para que en 1975 Tucumán fuera ocupada militarmente bajo el denominado Operativo Independencia: “Artículo 1º: El Comando General del Ejército procederá a ejecutar las operaciones militares que sean necesarias a efectos de neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos que actúan en la Provincia de Tucumán” (febrero de 1975, Decreto “S” N° 261 firmado por la presidenta Isabel Perón). El Operativo Independencia se constituyó como la antesala para la posterior implementación a nivel nacional del plan sistemático de aniquilación a partir del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Asimismo, el militar que gobernó de facto Tucumán durante la última dictadura –Antonio Domingo Bussi– fue elegido democráticamente para gobernar la provincia durante la década del 90; posibilitando que muchas de las estructuras represivas que se construyeron durante la última dictadura, permanecieran casi intactas durante el período democrático.

Espacios de confrontación

David Harvey señala (en *La condición de la postmodernidad*, 1998) que cualquier proyecto de transformación social debe lidiar con el reto de transformar las concepciones del tiempo y el espacio. Y como el espacio contiene poder y está atravesado por él, la reconceptualización y reorganización del espacio producirá modificaciones en el modo a través del cual el poder se expresa, circula y se reproduce. Asimismo, como bien advierte Kohn (en *Radical Space. Building the House of the People*, 2003), hay que tener presente que el espacio no es dominio exclusivo del poder disciplinario, sino que puede ser también un medio a partir del cual ciertas prácticas espaciales pueden redundar en políticas contrahegemónicas. El espacio, por lo tanto, se constituye asimismo como un elemento importante en los proyectos de transformación política, donde nuevas identidades y prácticas pueden forjarse.

Es por esto que propongo aquí que los vínculos de solidaridad tejidos por las fuerzas populares —compuesta por sectores estudiantiles, miembros del movimiento obrero, trabajadores rurales y militantes de partidos políticos— que primaban durante los procesos de confrontación que se sucedieron durante la década del 60 y principios del 70 en Argentina, pueden ser rastreados a partir del análisis de la dimensión espacial. La forma en que se experimentaba el espacio (tanto urbano como rural) durante los episodios de alta confrontación tiene sus especificidades sobre las que sería necesario reparar en un estudio minucioso del tema, ya que esto nos permitiría rastrear las tensiones entre los usos divergentes del espacio entre las dos fracciones en lucha. Dada la extensión y carácter de este ensayo me limitaré a señalar brevemente algunos momentos signifi-

cativos para ilustrar el hecho de que a lo largo de este período se le disputó a la clase dominante el monopolio físico pero también simbólico sobre ciertos espacios.

El primer episodio refiere al período de crisis económica que atravesó la provincia de Tucumán a mediados de los 60 (agravándose con el cierre de 11 ingenios azucareros en el año 1966), que provocó el despliegue de múltiples acciones de resistencia por parte de las fuerzas populares: marchas, tomas de ingenios (algunas de ellas con rehenes), huelgas, destrucción de oficinas de las compañías azucareras, entre otras medidas. Así también, durante los levantamientos populares de 1970 y 1972 —conocidos como los Tucumanazos— parte importante del territorio de Tucumán fue controlado por las fuerzas populares. La lucha se daba en la calle y los vínculos de solidaridad entre las fracciones más combativas y la sociedad civil se podrían rastrear a partir de los usos que hacían del espacio. El último episodio que quisiera destacar es la aparición, en 1974, de la guerrilla rural denominada Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez, conformada por militantes del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), brazo armado del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Esta experiencia emerge como resultante de un largo período de confrontación con la clase dominante, donde se abren y conquistan nuevos espacios de lucha; y que permitió que un grupo de combatientes se hiciera con el control del monte tucumano. A partir de estos sucesos, podemos ver cómo la lucha que dieron las fracciones más combativas de las fuerzas populares fue también *una lucha por conquistar espacios y por establecer a partir de ellos concepciones y prácticas espaciales divergentes de las hegemónicas*.

De manera conjunta con el avance de las conquistas conseguidas por las fuerzas sociales contestatarias, se sucedió una pau-

latina y creciente militarización de los espacios de la vida por parte de las fuerzas represivas del régimen. Con la ejecución del Operativo Independencia en Tucumán (1975), el ejército desplegó acciones tendientes a desarticular las fuerzas contrahegemónicas, y para ello no sólo jugó un papel central el desaparecer sistemáticamente a los cuadros más combativos de las fuerzas populares, sino que también prestaron especial importancia a desarticular los espacios de solidaridad que hacían de red y posibilitaban experiencias tales como la Compañía de Monte (el monte tucumano aparece como ‘ícono’ del *espacio en rebeldía*). En el desarrollo de este proceso de desarticulación el control del espacio jugó un papel muy importante para las fuerzas del régimen, que se hace tangible a partir de la implementación de ciertas acciones militares que llevaron a cabo. No sólo desaparecieron a personas que ‘colaboraban o simpatizaban’ con la guerrilla, por ejemplo proveyéndoles de comida, sino que también produjeron desplazamientos forzosos de poblaciones que se encontraban en lugares ‘peligrosos’, y crearon a su vez, nuevos pueblos con nombres de militares caídos en combate: Teniente Berdina, Capitán Cáceres, Sargento Moya y Soldado Maldonado. Estos nuevos pueblos, pensados y nombrados por militares, son quizá un ejemplo más que elocuente del modo en que se intentó ‘reordenar’ el espacio. Estos desplazamientos de población y creación de nuevos lugares podrían ser pensados como una estrategia para hacer *desaparecer* el monte como *espacio en rebeldía*.

A partir de estas reflexiones, se podría decir que las dos fracciones sociales en pugna en Argentina disputaban concepciones divergentes de espacio. Pero no sólo ello, sino que la clase dominante –para desarticular el movimiento social contestatario– tuvo que reorganizar el

espacio y produjo, por lo tanto, transformaciones en el modo en que el poder se expresa, circula y se reproduce.

Espacios de desaparición

Los diferentes momentos que posibilitaron el despliegue de la técnica por desaparición forzada de personas –el momento del secuestro, la reclusión, la tortura, la muerte y la desaparición del cadáver– supusieron una modificación y producción de diferentes espacios. Propongo pensar la producción de estos nuevos espacios (léase el lugar donde sucede el secuestro, los campos de concentración y los lugares de inhumación clandestina) bajo la categoría de *espacios de desaparición*. Pero, ¿de qué modo la desaparición reorganiza el espacio? ¿Qué discursos atraviesan esos espacios? ¿De qué modo se vive con la existencia de esos espacios?

Comenzaré por señalar que los secuestros se produjeron en su gran mayoría dentro del ámbito privado del hogar. Esta práctica conllevó y conlleva efectos altamente disruptivos, ya que el momento del secuestro –la intromisión de las fuerzas represivas en el ámbito de lo privado– imprime una marca imborrable que sin dudas modifica el modo en que el espacio del hogar es vivido y representado. Pero, paradójicamente, para una gran parte de los familiares el hogar terminará volviéndose uno de los pocos lugares que permanecen como vínculo material con el desaparecido. Por lo tanto, habría que aproximarse al *espacio del secuestro* de manera doble: por un lado, como el lugar donde el terror se hizo presente y visible para los familiares, pero, a su vez, también como un lugar que vehiculiza procesos de rememoración de la persona desaparecida.

En relación a los campos de concentración en Argentina habría que recalcar

que –a diferencia de los producidos por el régimen nazi– no fueron creados ex profeso sino más bien fueron lugares preexistentes a los que se les otorgó un nuevo uso. Retomando el ejemplo de Tucumán, los campos de concentración se situaron en establecimientos tales como escuelas (la “escuelita de Famaillá”), ingenios azucareros (Lules, Nueva Babiera), dependencias militares y policiales (Arsenal Miguel de Azcuénaga, la Jefatura de policía de San Miguel de Tucumán), hasta inclusive un motel. Estos espacios estaban atravesados por un discurso oficial que constantemente negaba su existencia pero, paradójicamente, muchos de ellos estaban situados materialmente en lugares muy visibles (gran parte de los campos se encuentran emplazados en lugares de alta circulación en el centro de la ciudad). *El poder desaparecedor constantemente se sitúa dentro de la dicotomía visible/invisible, de mostrar y negar lo que se muestra al mismo tiempo, y esto provoca un importante efecto disciplinador.* Una vez concluida la dictadura, la gran mayoría de estos espacios han sido reutilizados para funciones de las más diversas (por ejemplo, en la Jefatura de policía hoy funciona la Secretaría de Educación, en la “escuelita de Famaillá” hoy funciona en efecto la escuela “Diego de Rojas”). De algún modo, los *espacios de desaparición* parecieran haberse fundido dentro del paisaje de la vida cotidiana. Pero esto no significa que esos espacios hayan dejado de producir efectos a casi 30 años de concluida la última dictadura, sino que, por el contrario, al volverse estos *espacios de desaparición* parte del paisaje, no sólo se los naturaliza sino que el poder disciplinario que estos espacios aún vehiculizan y reproducen pareciera pasar inadvertido.

Por último, quisiera reflexionar acerca del singular espacio para la muerte que se genera a partir de este particular modo de

aniquilación. Con la desaparición, la muerte ya no ocupa el lugar que suele serle socialmente asignado. Desde la modernidad, Occidente ha creado lugares determinados para circunscribir la muerte (como hospitales o cementerios), pero el despliegue de la técnica de desaparición forzada de personas produjo espacios de muerte completamente diferentes. Junto con la desaparición del cuerpo –límite material que demarca el fin de la vida–, desaparece la posibilidad de anclar la muerte. Esa muerte sin cuerpo se produce en un lugar incierto, sin coordenadas geográficas. *La desaparición, entonces, no sólo produjo una muerte sin cuerpo sino también una muerte sin lugar. La desaparición es la producción de una muerte desespacializada (sin espacio) y aplazada (sin tiempo).* Y la falta de un lugar donde circunscribir la muerte, produce que esta muerte/no-muerte de los desaparecidos circule en los espacios de la vida de una manera diferente a la habitual. Pero así también, con el correr de los años, se van encontrando lugares de inhumación clandestina (en el caso de Tucumán se han hallado en cementerios y en fosas comunes). En las fosas comunes que se han encontrado en Tucumán (es el caso por ejemplo del “Pozo de Vargas”) los antropólogos forenses no han logrado –hasta la fecha– realizar ninguna restitución de identidad a los cuerpos encontrados. Al no haber identificación positiva, el hallazgo y marcación de estos lugares da un lugar a la muerte, pero a una muerte genérica. *La muerte en Tucumán, sin dudas, circula por el espacio de otra manera; por un lado, contamina los espacios de la vida (es el cuerpo que podría estar en ‘cualquier lugar’) y por otro, produce lugares específicos llenos de muerte sin nombre.*

En la medida en que estos espacios –producidos a partir de la implementación de la técnica por desaparición forzada de

personas— se sigan pensando como parte de un paisaje heredado e inocente, no podremos aproximarnos al modo en que todavía hoy siguen produciendo efectos en la sociedad donde se encuentran emplazados. *Atender a la relación entre la dimensión política y la espacial, nos permitirá desnaturalizar estos nuevos ‘paisajes’ construidos como dispositivos disciplinarios durante la última dictadura en Argentina; espacios que habilitaron un modo diferente en que el poder circulaba en la sociedad, y que —aunque modificado— aún circula.*

Pamela Colombo se licenció en Sociología en la Universidad de Buenos Aires (UBA), realizó el máster en Filosofía de la Historia en la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), y actualmente realiza su doctorado sobre el espacio-tiempo que produjo la desaparición forzada de personas en Tucumán, en el Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid. Correo electrónico: pamelacolombo1@yahoo.com.ar.

Imke Borchers

Prevalece la memoria: prosa argentina contemporánea en traducción alemana

Argentina, país invitado de honor de la Feria del Libro de Frankfurt

La literatura del continente hispanoamericano fue desconocida en Alemania hasta que llegó el *boom* en los años 70 y 80 del siglo pasado. El hecho de que la Feria del Libro de Frankfurt de 1976 concedió prioridad a América Latina dio el impulso para la difusión de la literatura del hemisferio sur. La atención mediática

subió de repente, hubo un interés enorme en la *nueva novela*. Alrededor de 50 obras fueron traducidas al alemán y por primera vez en los años siguientes nombres como Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez e Isabel Allende figuraban entre los autores más vendidos. Sin embargo, durante las últimas dos o tres décadas, el interés en la literatura latinoamericana por parte del público lector alemán se redujo drásticamente.

Con motivo de su presentación como país invitado de honor de la Feria del Libro de Frankfurt 2010, Argentina tuvo la posibilidad de volver a despertar el interés del mundo editorial y de los lectores hacia la literatura argentina en especial y la literatura hispanoamericana en general. El sello temático del programa, que organizó el gobierno argentino alrededor de su presentación como país invitado de honor, fue la ‘memoria’. Así se esperó poder establecer un vínculo entre política y literatura. Aparte de lecturas públicas y tertulias literarias hubo un simposio internacional sobre la memoria en Argentina, Alemania y España y se patrocinaron varias exposiciones sobre el tema. Durante los días de la feria, resumió con satisfacción Magdalena Faillace, presidenta del Comité organizador para la participación argentina en la Feria del Libro de Frankfurt, COFRA, que la elección del tema había despertado un enorme interés tanto entre los funcionarios como entre el público alemán.

Cada país que participa como invitado de honor de la Feria del Libro de Frankfurt está obligado a establecer un programa de apoyo a la traducción. Este apoyo es considerado el eje central de la participación en la feria. El programa argentino, llamado Programa SUR, que sigue en funcionamiento aun después de 2010, se inició con un concurso para 20 subsidios. El interés del mundo internacional editorial